

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 8 DE ENERO DE 1922



BIBLIOTECA
MUNICIPAL

NÚM. 19.636

LOS NUEVOS NOVELISTAS
DE FRANCIA

JALOUX Y GIRAUDOUX

No veo el modo de hablar de Jaloux sin pensar en sus ojos distraídos, en sus ademanes lentos y delicados, en su voz apacible, en todo el academicismo—el buen academicismo—que rodea su figura de maestro joven, de literato intachable. ¿Y cómo decir algo sobre Miomandre, sin figurármelo con un «bibelot» en la mano o insinuando el ritmo de un «fox-trott»? ¿Y cómo referirme a Jean Giraudoux sin evocar sus claros ojos penetrantes y su esbeltez? ¿Y cómo, si hablo de Alain Fournier, dejaré de verle como le vi algunas semanas antes de su muerte, sentado a una mesita blanca, en un claro jardín señorial, escribiendo?...

¡Pobre Alain Fournier que, según ha dicho Jaloux, «avait peut-être du génie»!

Conozco personalmente a casi todos los escritores nuevos de Francia, y con algunos tengo sincera amistad. Esto no habrá de motivar ningún elogio que yo estime excesivo; pero me permite en muchos casos medir la espontaneidad o el artificio con que pasan de su vida a sus libros. A mí sólo me interesan los escritores sinceros, los que descubren en seguida sus debilidades y sus fuerzas y no se embozan en una fórmula o se atrincheran en un cenáculo. Por eso estimo tanto a Edmond Jaloux...

Yo veo a Jaloux voluntariamente aislado y desdénso de las capillas y de las escuelas. Es un novelista que tiene su casa y su jardín. No necesita de nadie, y todo el mundo le interesa. Es el hombre que contempla, que comprende y que ama. Todo Jaloux está en las doscientas páginas de «Le reste est silence», su obra primordial. Jaloux representa en el arte literario francés una cualidad inestimable: la de la ternura. Nada más lejos de Jaloux que la sensiblería o el tono plañidero. Lo que hace Jaloux es mostrar las almas heridas, envolviéndolas y calentándolas con su estilo, que es suave y abundante como un lecho de hojas y de pétalos, o como un ánfora de miel.

En «Le reste est silence»—esa historia doméstica, desgarrante y piadosa—, como en «Fumées sur la campagne», en «La incertaine» y en «Au dessus de la ville», lo que sobresale siempre es el modo amoroso, envolvente, femenino, con que Jaloux trata a sus personajes. No es que los favorezca como un retratista de salón. Es que los ama, y no hay vicio ni defecto que no llegue a perdonarles. Jaloux eleva sobre sus héroes una sonrisa de conmiseración y a veces de complicidad.

Por otra parte, la acción dramática es honda y vibrante en sus obras, y su estilo, tal vez demasiado opulento y recargado de adjetivos, se adapta a todas las exigencias de la narración. Un gran premio académico—en ese caso, indiscutible—acaba de consagrar a Jaloux ante el gran público y de convertirlo para los

editores en novelista de tirada fuerte. Dos casas editoriales españolas han comenzado a traducir a Jaloux. Como no es un escritor abstruso, sino perfectamente cordial, puede ser un escritor universal. No obstante, hay que traducirlo con mucho tiento. Su prosa en muchas ocasiones es frágil y minuciosamente políromada, como un vaso veneciano. ¿Cómo no quebrarla o desteñirla?

estranque.—Giraudoux cultiva sobre todo la leve aventura sentimental. Es un egotista adorable que, escribiendo para sí mismo, desdeñoso de las trabas literarias y de toda la cosmología, consigue atraerse un núcleo, cada día más grande, de admiradores.

Es que Giraudoux sorprende. Su arte es un puro capricho, una encantadora arbitrariedad. Su estilo precioso le sirve

prosa de Giraudoux, que es como una emanación de su sentimiento versátil, pero profundo siempre.

Giraudoux ha escrito «Provinciales», «L'Ecole des Indifferents», «Simon le Pathétique», «Petit Duc», «Amica America», «Adorable Clio», donde figura su «Nuit à Chateauroux», acaso la más bella de sus narraciones, y acaba de publicar «Suzanne et le Pacifique», novela verdaderamente «sui generis», que, según todos los críticos, obliga a hablar de Giraudoux como de un maestro.

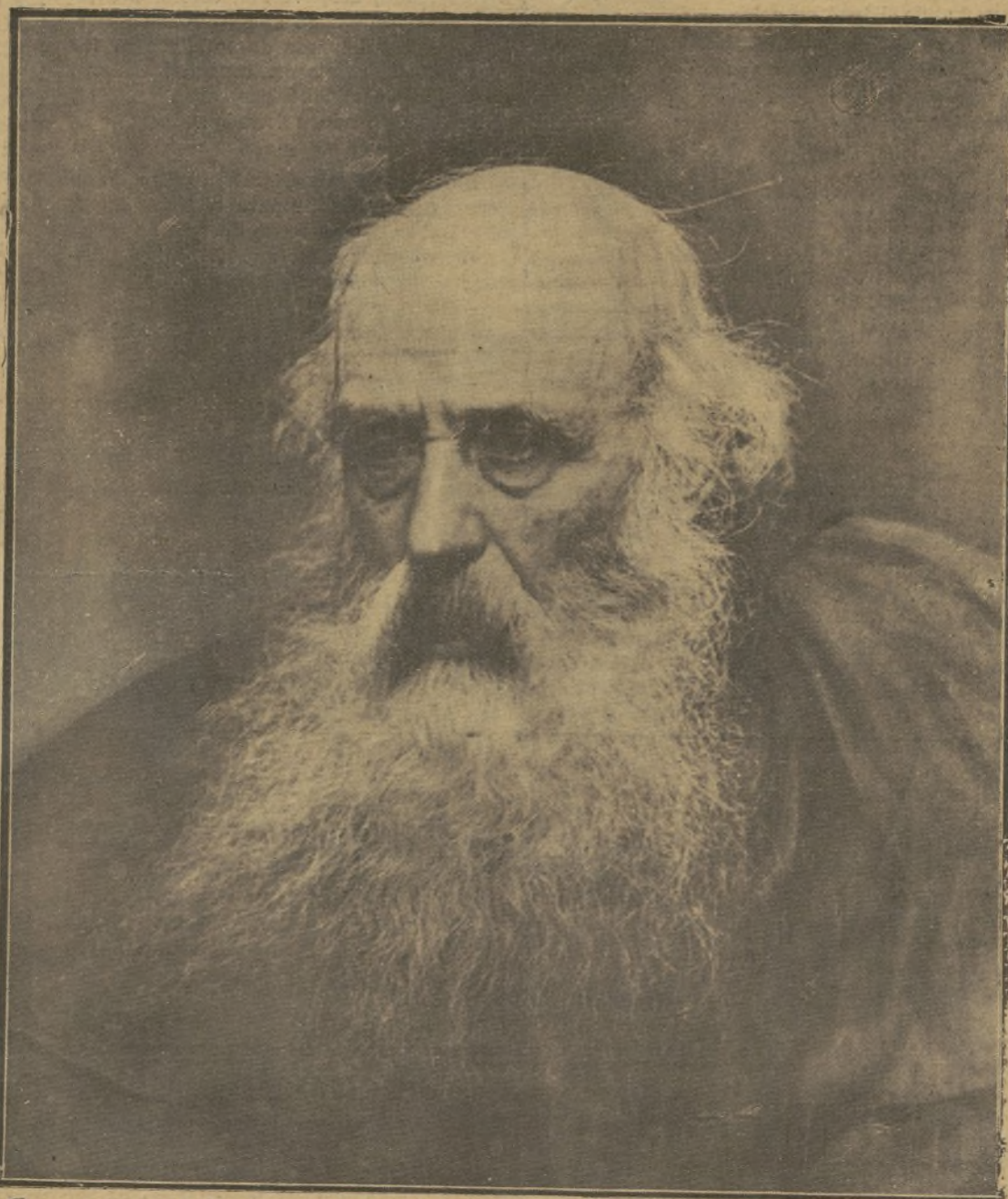
En «Susana y el Pacífico», Giraudoux realiza un «tour de force» literario considerable; el de hacer una novela intelectual, que no aburre, que entretiene como el relato más folletinesco de Pierre Benoit. Sin que por eso disminuyan la palpitación lírica, el estilo deleitoso y la jugosa fantasía de sus otras novelas. Susana, camino de América, es víctima de un naufragio. Todos sus compañeros de viaje desaparecen en el abismo. Ella, como Robinson, encontrará una isla desierta. Y el libro de Giraudoux será, entre otras cosas, una sátira del de Daniel de Foë. Susana no anda lejos de ese tipo de mujercita intelectual que Lemaitre calificaba de «snobinette». En sus soledades del Pacífico piensa en París, en sus salones literarios, en sus académicos y en sus cubistas. Todo, burlonamente, críticamente. Bien se observa que Giraudoux no es un realista ni quiere serlo. Sus personajes no son otra cosa que las marionetas de su guñol.

Hablando de Giraudoux, Jaloux ha escrito: «Su arte es ante todo una interpretación, y poco le importa ser o no ser exacto si expresa una verdad íntima o una verdad humana o general». También el arte de Jaloux es una interpretación de la vida, menos fantástica que la de Giraudoux. «Los novelistas nuevos—declara el autor de «Le reste est silence»—son esencialmente idealistas (en el sentido metafísico de la palabra, no en el moral), y conceden una preponderancia inmensa al lirismo y a la fantasía.»

¡Lirismo y fantasía! Es decir, respeto a la personalidad y diversión y multiplicación de la personalidad. Todo el arte moderno está aquí: todo... El de un Claude Monet, el de un Debussy y el de los grandes poetas, dramaturgos y novelistas contemporáneos. Las escuelas y las fórmulas concluyen con el aprendizaje del artista. Luego ha de interpretar libremente, líricamente, los fenómenos de la vida exterior. Cuanto más rudo sea el choque entre el mundo real, que «está fuera», y el mundo ideal, que «llevamos dentro», más sonora y luminosa será la obra de arte. Así lo entienden y lo practican los Jaloux y los Giraudoux.

Alberto INSUA

EL ARTE EN LA FOTOGRAFÍA



CABEZA DE APÓSTOL, OBRA DEL MALOGRADO ARTISTA DIEGO CALVACHE

Más difícil aún será el trabajo de los traductores de Giraudoux. «Jean Giraudoux—afirma Albert Thibaudet en «La Nouvelle Revue Française» (diciembre 1919)—escribe en el estilo más delicioso de hoy en día... El autor de «Provinciales» ha renunciado, casi después de «Provinciales», a la invención y a la narración. Aventura y descubrimiento tienden en él a acantonarse en el detalle y el estilo: las frases cubren el libro y lo devoran como una multitud ruidosa y brillante de insectos devora el follaje de un bosque o como las ninfas recubren un

para vestir emociones de colegial. Su ironía, que es profunda, que es insistente, concluye a lo mejor en un arranque de ternura, que pone lágrimas en los ojos que sonreían.

Y esa emoción llega como por la espalda, como la esposa que se acerca de puntillas a nuestra mesa de trabajo y nos cierra los párpados suavemente con los dedos.

Giraudoux, además, crea imágenes inolvidables, de las que estremecen de alegría estética al lector. No es un mago, sino un inspirado. No hay trampa en la

EL BRAVUCÓN

Yapuró la copa. Y después, irguiéndose, gritó con voz desgarrada y brutal:

—La juro a usted, curilla de Belcebú, que soy hereje, hereje... Más hereje todavía que borracho.

Apuró aun otra copa; regoldó con un hipo de bestial embriaguez, y dió un paso, temblón, hacia el zaguán. El cura, en cuya mansión acaecía la escena, santiguóse desolado y pudibundo. Era un cura rural, ingenuo y fuerte, mezcla de guerrillero y de santo.

—No digas tales bellaquerías, que ha de castigarte Dios. Mide bien tus palabras, rapaz, y piensa en la muerte.

Farruco lanzó una careajada retadora. Era un mozo fornido y virote, bien ataviado, que calzaba espuelas de plata y que llevaba cruzada sobre la zamarreta una charra cadena de oro.

—¡En la muerte! A los treinta inviernos y en vísperas de casorio no se piensa en morir, curilla. Se piensa en la novia, en el vino. Soy feliz, ¿sabe usted? Mañana es mía, ¿sabe usted? Mía, aunque usted no haya querido absolverse. Conque buenas noches.

Dió tres pasos más, vacilantes, lerdos, y salió a la calle. Junto a la reja, atado a un barrote con la brida, se hallaba un alazán bien enjaezado, piafando con impaciencia, jarifo como su gallardo jinete. Una palmada sobre los acerados lomos; una caricia en las crines revueltas, y a montar...

—Bueno; ¿echa usted su bendición o no la echa? ¿Que no? Pues abur.

Clavó espuelas y salió al galope. A los diez trancos estaban caballo y caballero fuera de la aldea.

Gemía el campo. La noche, invernal, cerraba sobre los horizontes dormidos. No se veía ni el vislumbre del camino blanco, serpeador, entre provecos árboles, desnudos y rígidos como alabarderos. Croaban las ranas en los charcos ignotos. A izquierda y a derecha, de vez en vez, una luciérnaga tremelucía entre los céspedes. El alazán, herido a espaldas, galopaba loco, frenético, estimulado por la voz del jinete, que iba dialogando con el vino de su panza.

—Anda, corre, truhán, que mañana se casa tu dueño, que la moza espera, que la noche es corta. Anda, come, truhán, que ya estamos cerca del pazo.

Farruco iba contento, gozoso de sí. Le había cantado la verdad al cura. ¡Al cura! Vamos, a cualquiera se le podía ocurrir que un hombre habría de confesarse como una vieja gazmoña. Se había ido a la aldea en busca del párroco, fué por aplacer a la novia, a la suegra y a la madrina, beatas, al fin mujeres. Pero había ido creyendo que D. Antero comprendería, se haría cargo, dándole la bendición y absolución por su cara bonita, trasgando juntos unos jarros. Mas, no; el cura le había censurado las copas que ya traía en el cuerpo, y le había afeado su conducta, y le había negado aquellos garabatos en el aire con los dedos en alto.

—¡Uf...! ¡Lo que a Farruco se le daba de consejos y de beaterías! ¡Era hereje! ¡Hereje! ¡El no creía en mojigangas!

La noche cerraba más. El viento batía con furia entre los árboles invisibles. Columbó Farruco unas luces misteriosas, lividas, eclesiásticas, como de un entierro. Y tembló en el arzón, tirando de la brida. El viento zumbaba horriblo y trágico.

—¿Tengo miedo?—pensó.

Echóse a reír. ¿Miedo? Su corazón ¿era quizás el de un niño o el de una doncella? Y lanzando un grito espoleó al animal y partió en derechura de aquellas luces inmóviles, lividas, eclesiásticas, que pa-

recían las de un entierro. Cuando estuvo cerca, tornó a reír. Era la ermita, su ermita, en la que había de casarse al día siguiente, la ermita frontera de su pazo. Se tranquilizó. Volvió a reír. Un poco más allá, a media legua, su casona. Y el vino volvió de nuevo a sus mejillas, y el regocijo anidó de nuevo en sus entrañas.

Había llegado cabe la ermita. Se asombró. Sus puertas, de par en par, dejaban ver el altar milagroso con sus dos cirios goteando bajo el Cristo, con sus paredes cubiertas de ingenuos ex votos, manos, pies, cabecitas de cera, vestigios de curaciones divinas. Atraído, se acercó Farruco para mirar a su gusto. ¡Nada! ¡No había nadie!

—Este maldito sacristán ha dejado las puertas abiertas para que seque los muros, recién enjalbegados, el aire de la noche. Y se ha quedado como un leño el perillán. Voy a darle un susto.

En su cara retozaba un júbilo perverso. La cabalgadura se acercó hasta el atrio. Hincó espuelas Farruco. Y ambos, jinete y rocín, penetraron en la casa de Dios.

¿Qué había ocurrido luego? De súbito el hereje sintióse inquieto, acobardado. Cristo, clavado en la cruz, había levantado su testa exánime y acongojada, y le miraba con sus ojos vítreos, manchados de sangre. Los cirios tenían un fulgor siniestro y supersticioso. El silencio, un silencio unánime, sepulcral, cundía en el recinto consternado. Y las herraduras del rocín, al herir las veneradas losas de la ermita, tenían un eco profano, herejiaco, inicuo y monstruoso. Eran como blasfemias horribles.

¿Qué había ocurrido luego? Las piernas del jinete se habían paralizado poco a poco. Las manos también. Corría por su epidermis un estremecimiento convulso. Los cabellos erizábanse. Cristo, con aquellos grandes ojos tristes, manchados de sangre, lo miraba, lo miraba...

¿Qué había ocurrido luego? El pavor invadía su corazón, deteniéndole. Queriendo escapar, esquivar la mirada obsesionante de Cristo, tiró de la rienda. El caballo se revolvió iracundo, azotan-

do las losas. Farruco sentía en sus espaldas la mano cercana de Cristo, que le asía. Era una mano impalpable, invisible y poderosa, que ya rozaba el terciopelo de su zamarreta, que ya lo trincaba, que ya lo poseía... Ojos extraños y agonizantes, lo miraban en un cerco más estrecho y angustioso cada vez. Las estatuas yacentes de los antiguos caballeros enterrados en la ermita, parecían incorporarse iracundas. Se oía sólo el chisporrear de los cirios que ardían, como fúnebres mártires, poblando los muros de sombras absurdas que huían. Una voz sin metal, gélida, imprecaba:

—¡Sacrilegio, sacrilegio!

Y Farruco, en un vértigo de pavor, haciendo un esfuerzo sobrehumano para escapar de su propia borrachera, de aquel tormento implacable, rajó con sus espuelas el vientre del caballo. Brotaron chispas en las veneradas losas; las herraduras las azotaron de nuevo; la mano invisible era cada vez más férrea... En aquel instante una ráfaga de viento cerró las puertas de la ermita, dejando prisionero al hereje. Se oyeron dos golpes bárbaros, terribles, como la caja de un ataúd clavada.

Un ratón, despavorido, corrió, nervioso, electrizado... Se apagaron los cirios. La oscuridad hizo densa. Pero la faz exangüe de Cristo continuaba luminosa, y sus ojos, cadavéricos, obsesionantes, seguían mirando, mirando...

★

Por la mañana, estando el cura en su casa, presto a salir para casar al mozo, llegó el sacristán aterrado.

—¡Ay, señor cura, qué horror! ¡Ay, señor cura, qué horror!

—Dime, cuenta...

—¡Ay, señor cura; que anoche dejé la ermita sin cerrar para orearla!

—Sigue...

—Y que me fui a la casona de Farruco, donde había fiesta...

—Sigue...

—Y que al volver...

—Sigue...

—Farruco...

—Sigue...

—Estaba en el suelo, con los brazos en cruz...

—Sigue...

—¡Muerto! ¡Muerto!

Luis ANTON DEL OLMET

Un soneto de Cervantes

AQUELLAS suntuosas honras fúnebres que por el hijo del César intentó celebrar el cabildo sevillano en 1598, han pasado a la posteridad por aquel magnífico soneto de Cervantes, que comienza:

¡Voto a Dios que me espanta esta grandeza!

Mas, a pesar de la maravillosa joya poética, son poco conocidas las especiales de por qué no se llevó a cabo aquel postrero homenaje al fundador del Monasterio de San Lorenzo en El Escorial.

Siempre fué Sevilla espléndida y magnífica en las fiestas así religiosas como profanas. Su preponderancia de gran metrópoli, que en nuestros siglos dorados le hizo ser tan codiciada como la corte, pues siempre hubo su vida propia y desembarazada de toda tutoría, obligábala a parecer grande en todo. Así, cuando de esta vida hizo jornada para la otra de la que se tienen tan confusas noticias el señor Rey D. Felipe II de Austria, se dispuso la gran Sevilla a honrar la memoria de Su Majestad en forma que como ejemplo quedara sobre cuantas habrían de celebrarse en el Reino.

Los cabildos eclesiástico y secular entendían siempre en los gastos de estas

ceremonias, y en la presente formaron juicio como en ninguna de hacerlo como poderosos señores a quienes no duelen prendas.

Acordado por el Consejo levantar el túmulo en la Iglesia Mayor, nombráronse las distintas Comisiones que habían de entender en la suntuosa solemnidad.

Juan de Oviedo, maestro mayor de la ciudad, fué quien hizo la traza del túmulo.

En los primeros días del mes de octubre levantóse la complicada armazón, de lienzo y madera, bajo la bóveda que hay entre el coro y el altar principal.

Componíase el soberbio catafalco de tres cuerpos: el primero, de orden dórico, formado por diez y seis pilastras y columnas. En las entrepilastras había nichos con altares. Sobre la cornisa admirábanse diez y seis estatuas alegóricas.

El segundo cuerpo era de orden jónico; formábanle ocho columnas estriadas; en su centro, sobre un gran basamento, asentaba la urna funeraria, cubierta por un rico paño de brocado, y sobre unos magníficos almohadones, en la parte que correspondía a la cabecera, estaban

puestos los atributos regios, las espadas desnudas, las manoplas y la celada. En la parte que correspondía a los pies destacaba la figura de un león, oprimiendo entre sus garras el asta del pendón castellano. En los cuatro ángulos de este cuerpo había otras tantas pirámides, símbolos de las cuatro esposas que tuvo el difunto Monarca.

La parte tercera y última de tan complicada y frágil fábrica, era de orden corintio, y delante de las columnas había estatuas de insignes magnates de la corte celestial, destacándose en el centro la de San Lorenzo, de quince pies de altura, labrada por Martínez Montañés.

Remataba el monumento en una cúpula que sustentaba un globo, sobre el que triunfaba el Ave Fénix, que con las plumas de su hermoso venado parecía tocar la altísima bóveda del templo.

Prolijo sería seguir describiendo minuciosamente todas las particularidades del inmenso catafalco tal y conforme constan en el interesante documento que tengo ante mí; de suerte que será bien caminar sin más dilaciones hacia la causa que determinó el que tan portentosa fábrica quedase desairada en los comienzos de la fúnebre ceremonia.

El 24 de noviembre, víspera de la solemnidad, cantóse vigilia, a la que asistieron todas las órdenes religiosas, el clero, reunido con la Universidad de beneficiados; el Tribunal de la Inquisición, el Ayuntamiento y la Audiencia, tomando asiento en *bancos rasos* por tratarse de funerales regios.

Al día siguiente celebráronse misas desde el amanecer en todas las capillas de la catedral, y a la hora señalada comenzaron las exequias.

El regente de la Audiencia, o por dar más autoridad a su cargo o por vanidad propia, no quiso avenirse con que su banco fuese *raso*, y mandó que se cubriera con un paño negro.

Nadie paró mientes en este agravio a la etiqueta, y si alguien más suspicaz no se atrevió a corregirle, cuando pasó el Santo Oficio, alentado con ser indebidamente la suprema autoridad, no guardó la misma prudencia, y suspendiendo escandalosamente la misa, con grande asombro de toda la concurrencia, conminó al inadvertido magistrado para que, so pena de excomunión, quitase el paño.

El regente, que sin duda estaba muy poseído del alto papel que representaba, negóse abiertamente al mandato del inquisidor, quien le excomulgó en el acto con todos los anatemas que guarda la Iglesia para estos casos.

En consultas, admoniciones y repulsas transcurrió el resto de la mañana y parte de la tarde, sin que el alma del rey pudiese salir del Purgatorio por la necia polémica en que habíanse enzarzado sus testarudos vasallos.

Por fin a las cuatro de la tarde, y merced a los buenos oficios de D. Francisco de Guzmán, marqués de la Algaba, se consiguió que el terrible tribunal levantara la excomunión al testarudo regente, remitiéndose el caso al Consejo de Su Majestad, y así quedaron suspendidas las honras del Monarca difunto, hasta que supiérase la sentencia del pleito.

Haciendo sabrosos comentarios del absurdo incidente fuéronse retirando las autoridades y el pueblo a la paz o a la guerra de sus hogares.

Como el túmulo quedó puesto en espera de la función funeraria, que no llegó a celebrarse, todos los pueblos del contorno de Sevilla afluyeron en la Catedral para admirar el historiado catafalco, que al cabo de los días fué deshecho y vendido como madera vieja.

Menos mal que de tanta solemnidad y tanto aparato malogrado floreció aquel soberbio soneto, que es certísimo monumento en honra de quien lo compuso...

Diego SAN JOSE

UN ESCULTOR MALOGRADO

EMILIO DE MADARIAGA

HASTA hace pocos días han estado expuestas al público, en el patio del Museo de Arte Moderno (que el ilustre Mariano Benlliure supo habilitar con acierto para exhibiciones de pintura y escultura), las obras de un malogrado artista del cincel: Emilio de Madariaga. El amor fraternal más puro y a la vez más comprensivo, las ha reunido para que a cuantos interesa la contemplación de la belleza, puedan formar juicio acerca de lo que fué el joven escultor, arrebatado a la vida precisamente cuando empezaba a sonreírle un envidiable porvenir en su carrera.

No hallamos por el momento palabras a tono con la naturaleza de homenaje tan digno y delicado. Ejemplos como el que acaba de ofrecérsenos, ennoblecen a quien los pone en práctica, y tienen la virtud de educar, por su rara espiritualidad, contra las ventajas económicas que de ordinario se persiguen.

Emilio de Madariaga, muerto a los treinta y tres años, lega a la posteridad una producción no muy abundante. Al través de ella, advertimos sin embargo la manifestación de un gran temperamento artístico. *Non multa, sed multum*. El caso de Madariaga no es el de una revelación precoz. Ajeno, por no decir rebelde, a la disciplina de taller o de escuela, encuéntrase, apenas cumplida la veintena, en París, decidido a ser escultor, aunque ignorando el dibujo. La intuición, en ambiente tan complejo, le suscita orientaciones; el oficio no se le resiste, antes se le muestra dócil, y pronto la *Société Nationale de Beaux-Arts* acoge sus primeros tanteos en la plástica. No transcurre mucho tiempo, sólo meses, y, sensible, dentro de una técnica francesa, aprendida en Rodin, atina a encarnar hondísima emoción en la cabeza bronceada intitulada *Dolor*. Hay aquí la formal promesa de un escultor, aunque a la sombra del citado maestro. Mas al cabo, tras activa labor, hija de un pensamiento inquieto y ávido de novedad, se nota más dueño de sí. Autor ya de la *Dama Eslava*, de *Alma Castellana* y de *Lujuria*, sueña con una trilogía de los amores—*Amor místico*, *Amor sensual*, *Amor materno*—, vasta empresa que la

muerte ha impedido realizar por entero, según fuera concebida, en materia definitiva. Su última fase de españolismo, más de concepto que de corteza, le afirma como escultor de rico temple en ideas y modos.

*

Se ha hablado de una tradición íntima, no externa, a la cual parece responder el sentido nacional en las obras de Madariaga. Lejos de dudarlo, lo aceptamos. Pero creemos que también es la situación de varios artistas, de Victorio Macho entre ellos, que no cedieron a la plaga de modernismos arcaizantes ni de pseudocasticismos a la moda, dos clases de trucos con que se anda elaborando la estatuaría en los más acreditados talleres. Victorio Macho, pese a ciertas actitudes circunstanciales de la crítica, es un verdadero escultor castellano, por esencia, presencia y potencia, que no ha necesitado remedar «maneras» de ningún maestro antiguo, por mucha que sea su devoción al pasado. Sus correrías por Castilla, a caza de tipos expresivos, le han enseñado de fijo más que los ejemplares almacenados en los museos de provincia o cubiertos por el polvo secular en los templos, y más, desde luego, que todos los patrones de un internacionalismo trasnochado, servido en las páginas de las revistas extranjeras ilustradas.

Lo dicho respecto de Victorio Macho, no entraña ni la más leve censura al arte de Madariaga. Diferentes el de aquél y el de éste, y lícitos ambos, no estimamos justo rebajar al uno a expensas del otro. Nuestras admiraciones no han menester de enemigos ocasionales ni de víctimas elegidas para la defensa de la tesis que por el momento pudiera agradarnos más. La verdad, explorada al través del documento humano y condensada en los rasgos vitales con que se transfigura un pedazo de cualquier material—madera, mármol, etc.—nos basta.

*

Diputamos al retrato en busto del escritor Salvador de Madariaga, una creación personal lograda con indiscutible fortuna. ¡Cuánto carácter! ¡Qué hondura psicológica la que en él late! Clásico y contemporáneo a la par, revela al hombre de agudeza intelectual, que cultiva



AMOR MÍSTICO (PIEDRA)

en sus meditaciones la flor agri dulce de la ironía. Un punto más, y el grave gesto se despejará al brote de sagaz sonrisa volteriana. En una galería de filósofos de todos los tiempos y países, reconoceríamos en sujeto tal un alma preocupada por problemas actuales. El «pensador» de Rodin piensa con todo el cuerpo; tan famosa estatua sorprende, si vale decirlo así, por la recia «impulsión ideal»; en la cabeza de Salvador de Madariaga hallamos la clara imagen de la concentración.

A noble español, con arrogante aire de romano, trasciende el busto de D. Gabriel Cuervo. Hemos oído que Emilio de Madariaga se proponía hacer un *Alcalde de Zalamea*, tomando por modelo al Sr. Cuervo. Como está, es un acabado ejemplar de raza, personaje que creyérase engendrado para la acción guerrera y para la recitación del verso heroico capaz de acompañarla.

La condición sana y generosa del pueblo asoma en la testa del *Hilario*, el buen criado del escultor, toldano de cepa y corazón de niño, no obstante la adustez campesina de facciones. El espontáneo naturalismo a que obedece, dista mucho del rebuscamiento rítmico y del espíritu ator-

turado que afluye de la figura *Amor místico*. «Un alma en Dios escondida», leemos inscripto en el pedestal que la soporta. Bajo el delirio del éxtasis, la actitud de esta mujer ha roto con el paralelismo de los lados; la rigidez del izquierdo se contrapone a la flameante ondulación del derecho. Su alargamiento deliberado trae al recuerdo los cánones de proporción del Greco, juntamente con el hieratismo oriental. Hasta el negro color del hábito con que la piedra ha sido pintada, dramatiza la carnación del desencajado rostro, donde las asimetrías rebasan los límites normales.

Inacabadas dejó el artista las dos estatuas *Amor sensual* y *Amor materno*, que habían de constituir una *Trilogía de los amores*. La primera, a medio ejecutar, en escayola, es la plasmación del tema literario de Salomé, y se nos antoja loable esfuerzo por depurar un lugar común de las letras. «El proyecto completo comprendía una policromía de magnificencia oriental. Verdes el cuerpo y rostro, y oro el cabello, manto y preseas. Oro también la cabeza de San Juan, cuya

faz iría policromada en tono marfil.» Las indicaciones, que copiamos del catálogo, explican la índole de la obra. *Amor materno*, asimismo sin concluir, era muy viable, más por la arquitectura de la masa, que por los detalles, algunos, concesión a helénicas ordenaciones de paños, hoy en boga, merced al arcaísmo imperante.

En cuanto al *Cristo momificado*, para dar la ilusión de inmateralidad, diríase que se acerca por el símbolo a los crucifijos de estilo bizantino o de estilo románico.

Que había un excelente escultor en Emilio de Madariaga, es cosa indudable. Un escultor con atisbos, y, desde luego, con una clase especial de talento que no suele ser fruto ordinario de las Academias. La muerte implacable, al cortar su vida, cortó innúmeras promesas.

Se ha estampado que su evolución durante los postreros años de residencia entre nosotros se nutrió de substancia española, y que no entendía la escultura como un pretexto para virtuosismos y digitaciones. Ambos extremos son ciertos, sobre todo el segundo. En algunas obras terminadas, quizá no apuró la forma con aquel deleite a que llegan los habilidosos. Una restricción, por obediencia al concepto, más que por falta de medios, es lo que cabría deducir después de analizarlas. En otras, se nota el arte de establecer los volúmenes, si bien échase de menos esa complacencia suprema, obteniendo el máximo de intensidad en los valores táctiles. El tiempo, con la experiencia de una sabiduría más asentada, le habría hecho apreciar el punto del camino en que se hallaba, y hubiérale exigido un trabajo de calidades selectas en la ardua operación de sintetizar, que sólo alcanzan los maestros.

Emilio de Madariaga no es un nombre más de artista fallecido prematuramente. Cerca de Julio Antonio y de Victorio Macho, representa la juventud ansiosa de superar las normas que fueron artículo de fe para la generación precedente, y encarna una personalidad nada vulgar.

Angel VEGUE Y GOLDONI



DON JOAQUÍN CUERRO (BRONCE)



RETRATO DE HILARIO (ESCAYOLO)

EPIFANÍA

LOS CABALLEROS DE LA ILUSION

Ya se tiñe el horizonte con reflejos de escarlata;
ya se pierde, allá a lo lejos, la vistosa cabalgata
de los viejos Reyes Magos, que otra vez a Oriente van;
marchan lentos, caballeros en corceles milenarios,
ante enormes elefantes, indecisos dromedarios
y guerreros bronceados por el sol del Indostán.

Ya dejaron las ciudades; ya vaciaron sus bolsos,
ya han cumplido largamente su promesa de ilusiones,
alumbrando el triste enero con la luz de un sol de abril;
han prendido en cada sueño una joya de alegría
y se alejan, despedidos por la loca algarabía
—risas, trinos, bendiciones—del ejército infantil.

Lentos marchan, orgullosos de su empresa generosa
que, al través de las centurias, con piedad que no reposa,
va, entre dádivas y ejemplos, repartiendo Amor y Bien.
Son los mismos Reyes Magos de pretéritas edades;

son los mismos que pasaron ante el lago Tiberiades
con ofrendas para el Niño milagroso de Belén.

Son aquellos que una noche de un establo hicieron templo
y allí dieron, prosternados y fervientes, el ejemplo
del poder y las riquezas a los pies de la humildad;
pues si el Niño que adoraban era Rey omnipotente,
como el ser más indigente de los pueblos del Oriente
nació Cristo, para luego redimir la Humanidad.

Dios los guíe. Dios prosiga bendiciendo sus empresas,
sus preciados cargamentos de fantásticas sorpresas,
su cariño a los humildes, su constante noble afán.
¡Dios los lleve! En los espacios brilla un astro todavía;
es el límpido lucero preferido como guía
por los viejos Reyes Magos, que otra vez a Oriente van.

Guillermo FERNANDEZ SHAW

Ornamentación de E. BRÁÑEZ.

Fiesta de Reyes

ESTA noche he soñado, dulcísima lectora.

Lector mío, he soñado esta noche...

Los sueños, sueños son, y sólo merecen
el trato de las cosas frivolas: acaso un
comentario breve y ligero; tal vez el si-
lencio y el olvido; pero, no obstante...

Esta noche he soñado hermosamente y
ofrezco mi sueño a vuestro corazón, lec-
tora o lector, que sabéis sentir y amar
y conocéis la amargura o la alegría de
una vida intensa.

Porque la crónica que os brindo no se
escribe para los rígidos, ni para los ener-
vados por el cotidiano placer, ni para
los egoístas... ni siquiera para los bonda-
dosos, pobres de espíritu. Me basta con
que me entiendan los míos: aquellos que
en cada hora de su vida supieran des-
cubrir, y apresar, y guardar en lo más
hondo del alma, el precioso momento em-
ocional. Y ellos lo mismo pueden ser un
rey que un pordiosero; lo mismo un car-
denal que un anarquista; lo mismo una
cortesana que una hermana de la Car-
idad.

Mi sueño fué suave y sencillo, sin com-
plicaciones, como todas las cosas selec-
tas. Tenía un inmenso atractivo, a pesar
de su vulgaridad. Y sucedía de esta ma-
nera:

Caminaba yo por unas calles de los ba-
rrios bajos de Madrid; unas calles estre-
chas, retorcidas, sucias pero con el pre-
stigio noble de la tradición. A lo largo
de ellas, iba tropezando a cada paso con
grupos de chiquillos vocingleros, de esos
que se hallan a todas horas en el arroyo
como bandadas de gorriones alegres y
aturdidos. Y yo veía que aquellos grupos
engrosaban al fundirse y formaban una
compacta y diminuta muchedumbre que
avanzaba gozosa.

Picado de curiosidad, tanto más quan-
to que todo lo infantil siempre ha sido
un regalo para mí, hube de interrogar
a un picarillo, que gritaba sin tregua:

—Dime, infantico, ¿cuál es la causa de

vuestro alborozo y por qué corréis como
un rebaño de corderillos triscadores?

—Corremos porque vamos al Palacio
de los Juguetes—respondióme el niño.

—Y ¿qué palacio maravilloso es ese?—
pregunté de nuevo.

—Pues... una casa muy grande, muy
grande, que han hecho ahora y que han
llenado de juguetes para todos los niños
que no tienen dinero.

—¡Oh! Será muy bonito eso—contesté—
y, como me gustará verlo, voy con vos-
otros.

De pronto nos hallamos en una gran
plaza con árboles. Había en ella una vas-
ta construcción iluminada. Y sobre la en-
trada principal, un letrero dorado decía:
«Palacio de los Juguetes».

Penetré allí, rodeado de los hijos de
los pobres, y vi el espectáculo más con-
mover de cuantos pudieran imaginarse:
unas espaciosas estancias, con altos
armarios de puertas de cristal, y conte-
nidos en ellos miles de juguetes de todas
clases, que unos hombres, sonrientes y
amables, iban entregando a los niños,
según sus deseos y aficiones.

Gratamente sorprendido, indagué el
origen de tan fantástico acontecimiento.
El más anciano de aquellos hombres, es-
cogidos entre los apacibles y blandos de
corazón, me puso en antecedentes.

—Vea usted qué hermosura. Aquí tie-
ne usted una bellísima obra. Y lo inte-
resante de ella es su poco coste, siempre
que no intentemos valuar esa fuerza in-
apreciable que se llama buena voluntad.
En este edificio pueden entrar todos los
niños que lo anhelan, sin otros requisi-
tos que presentarse en buen estado de
salud y con arreglo a las más elementa-
les reglas de limpieza, y justificar que
asisten a las escuelas públicas. Si piden
un juguete, se les entrega en el acto, y
de este modo todos los desheredados ven
realizado el encanto de unas horas de
felicidad. Luego, los juguetes se recogen
hasta el siguiente día, y los niños se van

a sus casas con su inocente espíritu dis-
puesto para todas las bondades...

Dulcísima lectora; lector amigo: al lle-
gar a este punto de mi sueño, desperté;
así sucedió y así convenía; porque, tor-
nando a la vida real, mi imaginación
completó una maravillosa y permanente
fiesta de Reyes.

El Concejo de la ciudad era un exce-
lente Concejo; había cedido un local ade-
cuado para instalar el bazar modelo, con
juguetes a millares. Lo único que allí no
se encontraba era la caja del comercian-
te y las etiquetas con los precios marca-
dos. Y en su lugar había unos cepillos
para donativos en metálico.

Aquella casa era la casa de todos, y se
sostenía por suscripción voluntaria. Y
jamás encontraba sus puertas cerradas
un niño callejero que quisiera entrar...

Y los niños de los hogares pobres, en
cualquier época del año, tenían su fies-
ta de los Reyes Magos: un muñeco, un
tambor, una pelota, un carrito, para ju-
gar diariamente, sin miedo a castigos ni
malos modales...

Y pensando en las sumas que anual-
mente se recaudan, cuando llega el 6 de
enero, con destino a la compra de jue-
gues de caridad, y obsesionado por el sue-
ño de esta noche, he salido a la calle y
he dirigido mis pasos al bazar más pró-
ximo. La gente llenaba las salas re-
pletas de objetos heterogéneos. Mis ojos
recorrian distraídamente las diferentes
secciones de aquel almacén mercantil...
Y de pronto, una voz áspera hirió mis
odos:

—¡Fuera de ahí! ¡Al arroyo!

Vi a un dependiente enfurecido y a dos
niños desarrapados que huían, medrosos,
de las iras provocadas por su inocente y
torturadora curiosidad...

Y a punto estuve de llorar, como llo-
raban ellos, mientras salía a la calle para
seguir soñando mi fiesta de Reyes.

Afonso G. del BUSTO

LAS PILDORAS PLATEADAS



de SS. MM. la fama de cierto médico extraordinario, llamado el doctor Sapientísimo Pildorilla, que fabricaba píldoras para todas las enfermedades y todos los defectos habidos y por haber.

Al oír tales maravillas, S. M. Tirolín IX sintió renacer sus esperanzas; con grandes gastos mandó venir a palacio al doctor Pildorilla, que se instaló en las mejores habitaciones con cincuenta y ocho baúles llenos de píldoras.

El mismo día de su llegada, la reina fué a visitarle con su diminuto hijo.

El doctor Pildorilla tenía una larguísima barba gris y gastaba enormes gafas redondas; recibió a sus augustos visitantes vestido con amplia bata de terciopelo negro y puntiagudo gorro de raso rojo. Se hallaba rodeado de estantes cargados con enormes frascos repletos de píldoras de todos los tamaños y de todos los colores.



La reina cayó de rodillas ante él y exclamó llorando:

—Haga usted crecer a mi hijo y le regalo una provincia entera y la mitad de mis tesoros.

—Nada más fácil, señora—contestó el sabio con seguridad—. Recurriré a las píldoras plateadas número 3. Hélas aquí, en este frasco. Hay doce mil. S. A. habrá de tomar mil al mes, a razón de treinta y tres diarias, o sea once antes de cada comida. Dentro de un año tendré el gusto de reclamar a V. M. la provincia y los tesoros que me acaba de prometer en premio a mi curación.

Aquel mismo día, Tirolín empezó el tratamiento. Al cabo de un mes le midieron, y los reyes estuvieron a punto de tener una congestión de alegría al comprobar que había ganado diez centímetros. A los seis meses el príncipe medía un metro.

Por aquel entonces una princesa extranjera llamada Florinata anunció su visita y, según es costumbre, se hizo preceder por su retrato.

Era tan bella la princesa Florinata, que verdaderamente no se podía negar que fuese la flor y nata de las princesas. Al ver el retrato, Tirolín se enamoró de tal modo, que declaró que la primera comida que se ofreciese a la visitante había de ser para celebrar sus desposorios con ella. Y como la princesa era hija de un rey poderoso y rico, Tirolín, después de reunir a sus ministros y someterles el proyecto, anunció a su hijo que la razón de Estado estaba de acuerdo con la exigencia de su pasión.

Se hizo la petición de mano por carta; los padres de Florinata accedieron en conceder la mano de su hija a Tirolín y se prepararon en el reino festejos que dejarían en mantillas a los que celebraron el nacimiento del príncipe.

Pero la víspera de la llegada de su novia, Tirolín, en medio de tanta alegría, se sentía triste; le dolía presentarse con un metro de altura; tenía una desilusión por parte de la princesa; temía que se negase a esperar los seis meses que faltaban para su crecimiento total; finalmente se hizo un razonamiento que prueba que los príncipes, aun en los cuentos, razonan, a veces, tan estúpidamente como podría hacerlo cualquiera, vosotros o yo, pongo por caso.

—Si me tragará en una noche las seis

mil píldoras que faltan, creceré de una vez, en lugar de tardar seis meses.

Y dicho y hecho; por la noche se levantó de puntillas, metió la mano en el frasco y, ¡ham!, ¡ham!, engulló las seis mil píldoras en menos de diez minutos.

Al amanecer le despertó cierto malestar extraño. ¡Horror! Había crecido de tal manera y con tal fuerza, que sus pies y su cabeza habían destrozado y atravesado por arriba y por abajo la cuneta de mimbre. Quiso ponerse en pie y se pegó en el techo un porrazo tal, que el ruido despertó a todo el palacio.

Acudió la reina, quien al ver al fenómeno de su hijo, cayó desmayada; acudió el rey, que empezó a gritar: «¡Socorro! ¡Socorro!» Acudieron todos los ministros y todos los criados hasta el último pinche de la cocina en camión de dormir; acudió el presidente del Consejo de ministros, sin peluca; acudieron las damas de honor con la cabeza coronada de «bigudís», y toda aquella gente empezó a gritar y a correr en todas direcciones, de tal modo, que también acudieron los bomberos, creyendo que se trataba de apagar un fuego.

Asustado, atolondrado por los gritos, desesperado al verse transformado de repente de enano microscópico en gigante fabuloso, el príncipe echó a correr a gatas por todo el palacio, y abriendo la puerta se escapó, sin que nadie pudiera darle alcance.

Cuando la agitación se calmó un poco, el rey mandó que apresasen al doctor Sapientísimo Pildorilla, causa primera de todo el mal, y lo colgasen de un árbol del parque. Pero así que los guardias fueron a obedecer la orden regia, el médico se tragó precipitadamente una píldora verde que llevaba en el bolsillo, con lo cual se volvió invisible y fué imposible apoderarse de él.

Entretanto, Tirolín llegaba a un río, y



como no había tenido tiempo de lavarse en palacio, se metió en el agua, haciendo así desbordar el río, que anegó varios pueblos de los alrededores, cuyos habitantes hubieron de huir a toda prisa para no ser ahogados.

Luego, como sentía frío, se acercó a una selva y encendió una hoguera con media docena de árboles que arrancó sin dificultad.

En aquel momento sintió un ligero cosquilleo en un pie, y al agacharse vió una carroza de oro y nácar que, al chocar con un dedo de su pie izquierdo, acababa de volcar, arrojando al suelo a una damisela que iba dentro.

había perdido Tirolín su caudal de buenos sentimientos. Se apresuró a coger a la damita entre dos dedos y a elevarla a la altura de su rostro. ¡Oh sorpresa! Era la divina Florinata.

Al sentirse levantada a tal altura, la princesa, que se había desmayado, abrió los ojos, y cuando se vió frente a tan espantable monstruo, se puso a lanzar gritos agudos.

—No te asustes—dijo Tirolín.

Pero su voz era algo así como el rugido del león combinado con el mugido del viento, y la desdichada, medio sorda, se tapó los oídos con los dedos, gritando a más y mejor.

Tirolín la dejó suavemente en el suelo y retrocedió dos pasos, con lo cual se alejó unos veinte metros. La princesa, algo tranquilizada, suplicó juntando las manos:

—Déjame, buen gigante; déjame ir al palacio de S. M. Tirolín IX, adonde voy a casarme con su hijo el príncipe Tirolín.

—¡Ay!, Florinata—murmuró el otro—; no vale la pena de que te molestes ya; Tirolín ha muerto.

—¡Ay de mí!—gimió la princesa—. ¿Entonces habré de volverme a mi país compuesta y sin novio?

Fuesen las recientes emociones o el dolor de ver llorar a su amada princesa, el hecho es que el pobre gigante notó que tenía hambre. Junto a él había una alta encina cargada de bellotas. Tirolín se agachó un poco, cogió en las altas ra-

El día que nació el príncipe Tirolín, hijo del rey Tirolín IX y de la reina Tirolina, fué día de fiesta y regocijo en el reino de Tirolonia.

Siguieron ocho días de banquetes, festejos, bailes, fuegos artificiales y distribución gratuita de botellas de «champagne» y cajas de puros a todos los tirolineses.

El príncipe Tirolín bien se merecía tales efusiones. Jamás se vió infante más mono: regordete, sonrosado, risueño; una verdadera preciosidad. Toda la corte deliraba por él.

Sin embargo, cuando cumplió los seis meses y se procedió a la ceremonia de medir a S. A., una nube ligera ensombreció aquella felicidad: el príncipe no había añadido un milímetro a los cuarenta y cinco centímetros que medía al nacer.

—¡Ya crecerá!—dijo el rey, siempre optimista.

—¡Ya crecerá!—repitió la reina ahogando un leve suspiro.

—¡Ya crecerá!—coreó toda la corte, convencida.

Pero estas ilusiones no impidieron que cuando el príncipe cumplió el año, siguiera con sus cuarenta y cinco centímetros exactos. La primera nube se tornó en inquietud; esta inquietud se transformó en alarma cuando el príncipe cumplió tres años, y en desesperación cuando tuvo seis. Era necesario rendirse a la evidencia: S. A. no pasaría de ser una miniatura, una miniatura preciosa, encantadora, angelical, pero miniatura al fin.

Ni que decir tiene que fueron empleados todos los recursos conocidos al uso; sobre todo, puesto que es un hecho reconocido que la sopa hace crecer a los niños, a Tirolín se le atiborró de platos, fuentes y barreños de sopa, que el pobre-cillo engullía dócilmente.

¡Ni por esas! A los diez años, Tirolín seguía durmiendo en la diminuta cuna de mimbre que los augustos dedos de su mamá emperifollaron antes de su nacimiento con cintas y encajes.

En los raros momentos en que los reyes no lloraban por la desgracia de su hijo, se preguntaban con angustia cómo podría ocupar el trono aquel rey de juguete ni ponerse la corona, que aun cómo cinturón había de venirle ancha.

Un día—el príncipe tenía entonces quince años y seguía midiendo sus cuarenta y cinco centímetros—llegó a oídos

mas un puñado de ellas y se las llevó a la boca.

Pero tan distraído se hallaba contemplando embelesado a la divina Florinata, que una bellota se le atragantó, y empezó a toser con tal violencia, que la selva entera retumbó.

—¡Ejem! ¡Ejem!—tosía el gigante, con los ojos cerrados y la faz congestionada.

Y bajo el impulso del golpe de tos, de pronto, una cantidad enorme de píldoras de plata surgieron de su boca, cayendo en todas las direcciones con un ruido argentino.

A los pocos minutos, una alfombra plateada cubría el suelo en torno de Tirolín, y mientras él seguía tosiendo, notaba un hormigueo singular en las manos y los pies.

Cuando el golpe de tos se paró y Tirolín recobró la respiración, abrió los ojos y quedó estupefacto: frente a él, a la misma altura que él—acaso con unos centímetros menos—se hallaba la princesa mirándole con los ojos enormes y la boca abierta. ¡Cielos! ¿Operarían las terribles

píldoras por contagio? ¿Se habría convertido en gigante la pobre Florinata?

Pero no; él era quien había menguado al arrojar las píldoras que sobraban, llegando a convertirse al fin en un príncipe perfectamente normal, si bien mucho más guapo que la norma corriente.

Fácil es suponer que no perdió el tiempo, y poniendo galantemente una rodilla en tierra, dijo:

—Linda Florinata, soy el príncipe Tirolín, tu prometido.

Y se llevó a su novia a palacio, donde se casaron en medio de un regocijo y de festejos tales, que fué menester luego triplicar los impuestos para pagar los gastos. Pero el pueblo entero se había divertido tanto, que nadie protestó.

Del doctor Sapientísimo Píldorilla no he vuelto a saber nada. Por lo tanto, aconsejo a los niños que quieran crecer coman mucha sopa, sin contar con las píldoras plateadas, cuya fórmula desapareció probablemente con su inventor.

Magda DONATO

Dibujos de BARTOLOZZI.

TEMAS TRASCENDENTALES

La decadencia del hongo

SERÍA inútil negarlo: la decadencia del sombrero hongo se acentúa a cada invierno.

Te aseguro, lector, que hago esta afirmación con verdadera pena, porque entre mis cosas predilectas está el hongo, ese simpático y modoso cubrecabezas que, si en Grecia lo hubieran conocido, habría sido siempre la prenda usada por Alcibiades.

Pero consignar un hecho, no es nunca nada. Hay que ir a la investigación de sus causas, y si el fenómeno es doloroso, procurar en lo posible el remedio.

Procedamos, pues, con cierto método.

¿A qué se debe la decadencia del hongo?—Buena, a veces lo que se debe es el hongo mismo, pero esto nos llevaría muy lejos.—Hay varias causas, que, cuando son varias, se llaman concausas. La primera de todas acaso sea un sencillo juego de palabras: hace algún tiempo empezó a circular por los periódicos la noticia de que había hongos venenosos, y los títulos espeluznantes de «Cuidado con los hongos!» «Una familia intoxicada con hongos!», etc., llevaron la alarma y la confusión a todas aquellas personas que sólo leen de los periódicos los epígrafes.

La cultura del lector me evita el tener que aclarar aquí que esos hongos periódicamente acusados de homicidas no son los sombreros, sino las setas. Todos estamos en ello; pero, como dijo el otro, *calumnia que algo queda*.

El antipático flexible ha venido a sustituir al hongo en la mayoría de las cabezas. Razonemos sobre esta sustitución.

¿Usted, lector, conoce algo más incómodo que el sombrero flexible, cuando se trata de saludar? Yo, no siendo las butacas de algunos teatros, no conozco nada que le gane en incomodidad y molestia.

Si, para rendir homenaje a una dama o a un caballero, lo toma usted por el ala, corre el riesgo de que la copa, encasquetada en la cabeza, no obedezca, y el saludo se quede en proyecto. Si es por la copa por donde lo agarra usted, tiene que elevar el brazo violentamente a una altura inverosímil, y más que a esbozar un saludo, parece que trata usted de librarse de un mamporro imaginario.

De algún tiempo a esta parte las señoras se quejan de lo que ellas llaman fal-

ta de cortesía en los caballeros: parece ser que el saludo respetuoso se prodiga menos, y el hombre se contenta con una sonrisa o con llevarse la mano a la frente al cruzarse en la calle con una dama. ¡Oh, aquellos tiempos de la cortesía caballeresca en que los varones de Breda y de Rocroix saludaban a las damas arrastrando ceremoniosamente por el suelo las plumas de sus chambergos!

Pero aquellos, como el hongo, eran sombreros con personalidad propia; sombreros que no se descomponían en el saludo. Y digo yo: ¿no habrá influido el uso exagerado del flexible en esta decadencia del saludo? Ahí queda apuntada la idea para que acerca de ella mediten los que tengan tiempo de hacerlo.

Pero apelemos a las razones sentimentales, ya que *le coeur a des raisons...* etc.

Ningún madrileño que se estime, ningún cultivador de lo castizo—y de boquilla los hay a montones—puede usar otro sombrero que el hongo. Porque, vamos a cuentas: ¿cuál es el personaje más madrileño de toda la buena literatura madrileña?... No voy a hablar de D. Ramón de la Cruz, porque a mí este señor me resulta un poco pesado. Lector, el personaje más madrileño de la moderna literatura castiza es el Julián de «La verbena». ¿Sirve? Puede que me lo recuse algún modernista de los que toman café de pie en los bares y se limpian el calzado con pasta inglesa; pero, ¡vamos!

Bueno; pues ustedes han visto alguna vez al Julián de «La verbena» sin lucir sobre la cabecita, muy ladeado hacia la oreja izquierda, el sombrerito hongo? Sólo una vez he visto yo a ese personaje sobre la escena con sombrero flexible: fué en un teatro de los barrios bajos; el público se estuvo metiendo con él durante toda la noche, y, tres años más tarde, aquel actor moría, parálisis progresiva, en el Manicomio de Ciempazuelos. Yo, desde que le vi con aquel sombrero, sabía que no andaba bien de la cabeza.

A última hora parece que se inicia una leve reacción: personas de buen gusto probado vuelven al hongo, como, según el poeta, volvemos siempre a los primeros amores. Uno de los que lo usan casi a diario es «Gil de Escalante»; este prestigioso heredero de Kasabal posee

un hongo, que lo adquirió el año que mataron a Maceo, y aun me parece que el mismo día; pero, como las modas vuelven de un modo cíclico, resulta que este año está de moda. Tiene, claro es, un poco de patina—que es como se le llama a la grasa acumulada, cuando se trata de objetos artísticos—; pero ello no importa.

Yo, sin embargo, no me contento con

esto, y he decidido fundar «La Orden sagrada del hongo». Dentro de breves días mis amigos recibirán unas circulares invitándoles a una reunión para constituir la Asamblea suprema de la Orden.

Estoy decidido a llevar la cosa adelante, aunque me quede solo.

Más solo que un hongo.

Joaquín BELDA

AL MARGEN DE LAS LETRAS

El arte de hacer libros

UN buen amigo mío, escritor, acaba de remitirme el último libro que ha producido su ingenio.

El libro es bueno, honesto, está excelentemente editado; pero no deben darse por él las seis pesetas que piden los libreros, porque ese libro no debe venderse.

No debe venderse, porque no debe comprarse.

En la última página (donde no ha de colocarse nunca) aparece el curioso *ex-libris*, que para el autor ha dibujado, copiándolo de otro inglés; un hábil alumno de Bellas Artes.

Con esa marca de propiedad no puede comprarse ningún libro, sin exponerse a perderlo el comprador ante la justa reclamación del propietario, que lo ha marcado como de su pertenencia, al igual que las grandes bibliotecas y los curiosos bibliófilos.

Un *ex-libris* no sirve más que para eso, aunque este buen amigo y otros autores crean que sirve para otra cosa.

Se trata de un error indiscutible en personas que presumen conocer las letras y los libros; pero, en el fondo, hay una cosa curiosa e interesante por demás. La incompreensión y el error de esas gentes obedece a un bravo y decidido empeño de ofrecerse el individuo frente a la sociedad. Nunca, ni en la época de las cruzadas, han tenido los hombres más deseos de afirmar su personalidad y de crearse un escudo. Y un escudo, nada más que un escudo de armas, es lo que pretenden ofrecer al público los señores que estampan un *ex-libris* en sus obras.

Fuera de aquí, los escritores no caen en esa puerilidad, aunque hayan llegado a crear una heráldica curiosa, no por razones literarias, sino de suprema desconfianza, y para salvaguardar sus intereses. En las marcas, para justificar la legitimidad de la tirada, se han hecho verdaderas preciosidades y maravillas en todas partes. Por lo general, son monogramas que recuerdan los punzones de los espaderos y arcabuceros antiguos o las marcas de la cerámica de Oriente.

En casos excepcionales, un hombre puede rubricar un libro de poesías como un acta notarial, sobredominando el arabesco de su desconfianza con la señal de la cruz. Pero el libro será seguramente malo, y no será negocio una tirada fraudulenta.

La sencillez y la claridad son recomendables siempre, tanto para la publicación de las hazañas como para la perpetuidad del nombre. Un monograma como el de Alberto Durero o el de Walter Crane, valen más que esos *ex-libris*, que jamás provocarán el deseo de posesión como la sorpresa en una porcelana nipona de la marca del príncipe Hirato. Hay cientos de grabadores, miniaturistas y orfebres que no pueden pasar a la posteridad, por haber complicado su fama con un monograma absurdo e indecifrabable.

Para evitar confusiones, se debe reco-

mendar a los amantes de la gloria la sabia precaución de tantos escritores que debajo del pseudónimo estampan su propio nombre.

Los dibujos más artísticos y felices, no son, con todo, los de los «escudos de armas» de nuestros escritores, sino los de las marcas de imprenta y los de los timbres editoriales. Ambas marcas eran más artísticas entre nosotros en lo pasado que al presente, hasta el extremo de no poder registrarse ahora una sola que pueda competir con cualquiera de los siglos XVI y XVII. Se tomaban de fuera, como hoy, pero había más gusto en la elección, haciéndola a veces con tan grande y extraordinaria oportunidad, como Juan de la Cuesta hubo de hacerla para la primera edición del *Quijote*, recogiendo el escudo del halcón encapuchado con la leyenda *Post tenebras spero lucem*.

La intelectualidad—¿pero qué escribo?—los hombres inteligentes defienden muy mal sus productos. Hacen sus libros y los entregan para que los demás los vistan; y lanzados así fuera de los cuidados maternos, como niños entregados a un asilo higiénico, científico, moderno, sin belleza ni mujeres, se mueren antes de llegar al desarrollo.

Lo corriente es que se editen muy mal nuestros libros. En lo exterior se ha llegado a ofrecerlos con algunas portadas felicísimas, obras de artistas especializados. En lo interior, hoy mucho peor que antes. Y es que algunos escritores, no es que coloquen sus hijos en un asilo, sino que tiran los chicos a la Inclusa.

Recuerdo el horripilante caso de Rubén Darío. Su precioso libro *Cantos de vida y esperanza*, que debió presentarse como un eucologio y preciosamente encuadernado en tafilete, como todos los libros de poesías, se publicó en un tamaño absurdo, para leerlo en casa, sobre una mesa grande de comedor o en un facistol. Es verdad que, también el mismo poeta, soportó, sin protesta, que algunos entusiastas suyos publicaran la célebre *Sonatina* en versos de línea y media.

Sobre los derechos del autor a ver bien tratada su obra, habría mucho que decir, y no estamos ahora para ello.

Quiero llamar la atención únicamente sobre la necesidad de hacer bien los libros, y puesto que los ingenios que saben producirlos no los saben editar, participarles que para auxilio de escritores y editores existen en las grandes casas editoriales del mundo lo que podríamos llamar «ingenieros en letras», que dirigen la publicación de las obras, indicando los tipos que deben emplearse, el papel, el tamaño, la portada, encuadernación, la distribución de las materias, los índices que han de contener, las ilustraciones, la oportunidad de su publicación, los lugares donde han de exhibirse y las bibliotecas y particulares que pueden adquirirlas.

Un ingenio no es ya el único autor de

En los casos más felices y dichosos, no hace más que resucitar una cosa olvidada o colaborar con un pretérito más o menos ilustre.

Sólo en las antiguas preceptivas literarias es verdad que el autor dramático esconde su personalidad, haciendo hablar por él a los personajes de la obra. En la realidad, todos los autores son más o menos dramáticos en ese sentido antiquado de las retóricas de hace diez años. Y por lírico y personal que sea un escritor, está ayudado por el tipógrafo, el encuadernador, el dibujante, el editor y hasta por el escaparate donde se exhibe su libro.

El vulgo cree que un autor ha escrito tantos libros como ejemplares tiene la edición de cada uno de ellos. Cree que hasta los ha cosido.

Utilizando esa incompreensión, es facilísimo llenar un escaparate con la edición entera de cualquier producción.

Lo puramente del autor no llega a todo el mundo, a veces ni en dos siglos. Hay libros, autores mejor dicho, que no salen a la superficie sino después de nuevas ediciones, por haberse presentado

mal en las primeras. Las primeras ediciones de Stendhal fueron sencillamente malas, y ellas contribuyeron más que nada a la oscuridad en que ha vivido hasta ahora. La popularidad de otros autores se ha debido, en cambio, a que sus obras estaban «profusamente ilustradas» como decían los editores y mercaderes de libros, y en realidad ofrecían un producto más agradable. ¿Hubiera sido popular Julio Verne sin grabados? Indudablemente, no; y, sin embargo, ¡qué lejos están todos ellos del texto!

Este autor amigo, y esos otros autores que estampan sus *ex-libris* en los libros que producen, quieren afirmarse seguramente de un modo exclusivo y personal. Lo hacen de un modo equivocado, pero contribuyen a despertar la atención en los productos mentales, para considerarlos y defenderlos como se merecen.

El día en que un poeta se decida a publicar artísticamente un soneto o un poema menor sin esperar a producir para hacer un volumen que habrá de ser malo, será glorificado en seguida y habrá hecho todo cuanto hay que hacer para la elevación necesaria de los precios en las

artes y para colocar otra vez en el puesto más eminente el producto del pensamiento.

Rafael URBANO

EDITORIAL MUNDO LATINO

Últimas novedades.

	Pesetas.
José Francés, <i>La raia flotante</i> (novela).....	5
López de Sáa, <i>Gaviotas y golondrinas</i> (idem).....	5
Gómez Carrillo, <i>La gesta de la legión</i>	4.50
Knut Hamsun, premio Nobel, <i>Señadores</i> (novela).....	4
Spitteler, premio Nobel, <i>El teniente Conrado</i> (idem).....	5

Colecciones populares.

Fenimore Cooper, <i>Una colonia sobre un volcán</i> (novela de aventuras).....	3
Teófilo Gautier, <i>Jettatura</i> (novela).....	1
Dickens, <i>Canción de Navidad</i> (cuentos de Nochebuena).....	1

Acaban de publicarse.

<i>Las columnas de Hércules</i> , primera novela de Luis Araquistain.....	5
<i>Verdades sentimentales</i> , de V. García Martí.....	4

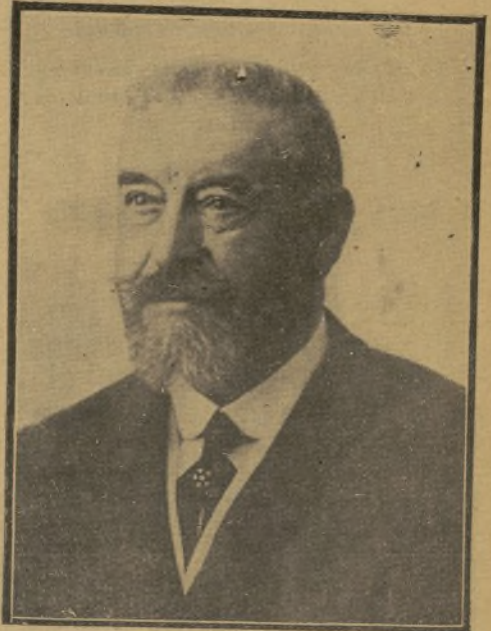
De venta: Librerías, estaciones y Yagües. Caballero de Gracia, 28.

D. GABRIEL MONTERO

Tan gran industrial como filántropo

Al traer a nuestras columnas la figura venerable de D. Gabriel Montero, acaudalado industrial español, poseedor de minas carboníferas en Peñarroya, Puertollano, León, Asturias, etc., no pretendemos apelar al capítulo de las filosofías para dedicarle unos cuantos injustificados elogios, ni mucho menos presentarle bajo los distintos aspectos en que su acrisolado y bien cimentado prestigio diéronle a conocer ha ya muchos años.

Para nadie es un secreto que la firma del acreditado propietario de «La Calera» se cotiza a muy alto precio en cualquiera de los mercados nacionales o extranjeros, siendo tanta su importancia en el negocio de carbones, que bien puede afirmarse que ocupa lugar preeminente entre todos sus similares.



D. Gabriel Montero Labrandero

Fundador de los Comedores de Caridad del mismo nombre, propietario de «La Calera» y una de las firmas más prestigiosas de esta plaza.

Hoy, antes de que el último estertor de las Navidades se pierda en el vacío, queremos ocuparnos de D. Gabriel Montero, siquiera sea brevemente, como testimonio de admiración y respeto hacia el filántropo que, compaginando los negocios con la caridad, supo proporcionar días felices a los desamparados de la fortuna. A esos desgraciados que, amartados de frío, pululan por nuestras calles ocultando su miseria, sin una mano amiga que les proteja.

¡Cómo regatear, pues, un caluroso elogio al autor, si que también sustentador de los «Comedores de Caridad Montero», donde a diario se sirven y conceden gratuitamente cientos de raciones de bien condimentada comida, máxime si se tiene en cuenta que de no haber existido estos comedores, una enorme legión de desgraciados hubiese ayunado, mientras la alegría coronaba los festines pantagruélicos de hogares más felices!

He aquí por qué EL IMPARCIAL se complace hoy publicando en sus columnas la fotografía del inteligente industrial y admirable filántropo D. Gabriel Montero, cuya actividad corre parejas con su magnánimo corazón.—M. P.

OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y **MAN-TONES DE MANILA.** SAN BERNARDO, 1.

PUEBLA DE ALMORADIEL (TOLEDO)

CONSTANTINO S. VILLALBA
VINOS Y CEREALES

Instituto Católico Complutense

TELÉFONO S 1.817.-VELÁZQUEZ, 40.-APARTADO 269
Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Hacienda, Judicatura, Registros y preparación militar. Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado.—Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid

Director: MANUEL MOIX GOMBAU
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid

Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU
Presbítero

CARRERAS MILITARES

CURSOS ABREVIADOS. Clases especiales por ingenieros militares y capitanes de artillería e infantería. Solicite lista de profesores y de alumnos ingresados.—Fuencarral, 33; de cuatro a nueve.

TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger. Uzwil (Suiza). Pidense presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)

VALVERDE, 20.—MADRID

CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de **MAN-TONES DE MANILA**, mantillas y trajes de frac y smoking.—CALATRAVA, 9.

NUOVA DROGUERIA Y PERFUMERIA

CRUZ, 37 y 39.—TELÉFONO M 3.714
PRECIOS ECONÓMICOS VERDAD
GRANDES EXISTENCIAS

Pedid Coñac Lion d'or



Zorros Silka desde 80 pesetas. Media seda torzal irrompibles desde 6 pesetas. La casa que más barato vende estos artículos es

LA ESTRELLA
HORTALEZA, 82

ZAPATOS

Nuestros calzados son siempre de último modelo, y por esto podemos vender ahora mejor y más barato que nadie

Les Petits Suisse.
Fernando VI, 17



LADRILLOS REFRACTARIOS TUBERIA DE GRES

Fábrica: PACÍFICO, 12
TELÉFONO M 17-65

ESMALTE ORO "EL SOL"

para dorar cuadros, espejos y retablos.

La Casa más surtida en colores

FLORENTINO PEREZ (S. en C.)

Sucesores de Díaz Herrera

HORTALEZA, 17

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS.—ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

Bujía MOLLA

Para automóviles, motos, aviación

ELECTRODOS DE PLATINO

No se engrasa nunca
Se desmonta en todas sus partes.
Todas sus piezas
son intercambiables.

DE VENTA EN TODOS LOS GARAGES

Agencia central:

A. B. G.

Nueva de la Trinidad, 11
MADRID

FABRICA:

Etablissements **MOLLA**

5, rue Jean Daudin
PARIS

Distribuidores para España:

Serrero y Revah

99, Paseo de Gracia
BARCELONA

"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)



Estufas de todas clases y en todos los tamaños

AMERICANAS Y FRANCESAS

Las más perfeccionadas, eficaces, económicas e higiénicas: únicas sin tufo

PARA COC. ANTRACITA Y LEÑA

Antes de comprar visiten la exposición. Se hallan de venta en su único depósito,

VALLÉS, FUMISTA

Calle de la Cruz, núm. 11. — MADRID — Teléfono 986



PIDASE EL CATALOGO ILUSTRADO

ODEON

es y será siempre la marca de DISCOS que ofrezca mayores novedades.

Todos los grandes artistas colaboran en ella, y su repertorio reúne todos los géneros.

Ventas
a plazo:
con
precios
de
contado.



Envíos
a
provincias
Aparatos
con
bocina
o sin ella.

Pida usted catálogo y condiciones a
ODEON - Preciados, 1 - MADRID

MANUEL LOPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

SERRANO, 17
AYALA, 60

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGUENTO MAGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



LAMPARA NITRA A. E. G.



Consumo 1/2 vatio.

Las blanquísima. - Preferida a todas sus similares

Pídase en todos los establecimientos de venta de lámparas eléctricas y en la

A. E. G. Ibérica de Electricidad S. A.

MADRID } Nicolas Maria Rivero, 8 y 10.
Plaza de las Cortes, 2.

ALFONSO FOTOGRAFO
FUENCARRAL, MADRID
TOLEDO 63, MADRID.

Quiosco de EL IMPARCIAL Calle de Alcalá esquina a Barquillo

Imp. de EL IMPARCIAL. - Duque de Alba, 4.

Aguas del Incio

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuan-

tas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

BOVEDA (LUGO)